

MIGUEL DE ASÚA

por Pablo Ubierna

Es este, el de la semblanza, un género literario difícil y esquivo. Es complejo encontrar el tono justo en un corto texto para referirse a alguien que es, a la vez, maestro, colega y amigo. Temo que esta semblanza no sea sino un recorte de mi percepción de Miguel, de mi historia personal con el hombre y (parte de) la obra más que una descripción pormenorizada.

Conocí a Miguel de Asúa a principios de 1992 cuando recién regresaba a Buenos Aires después de su doctorado en Notre Dame. Yo me había graduado un par de años antes pero estaba en la facultad (Filosofía y Letras-UBA) porque pensaba inscribirme a un concurso de ayudante que habría de sustanciarse recién al año siguiente. Me entero así de la oferta de un seminario por parte de Miguel de Asúa. El nombre me era desconocido; lo era para mí y para todos a los que les pregunté, un buen indicio porque señalaba que Miguel no pertenecía a ninguna "interna". El seminario era, desde el título, atrayente como pocas cosas lo habían sido en los años de cursada de Historia y Lenguas Clásicas en "Filo": textos (médicos) medievales, paleografía, ecdótica y latín. Es difícil explicar cómo ese conjunto de saberes resumía mucho de lo que yo anhelaba y que la facultad no me había ofrecido. Por un lado, una



discusión sobre el mundo medieval en clave de historia de las ideas que estaba completamente ausente en la carrera de historia, que centraba su visión de la Edad Media en la discusión de algunos aspectos de la historia social y, de una manera apenas teórica, de la historia económica. Por otro lado, el seminario presentaba la posibilidad de estudiar con alguien que, intuía al anotarme y lo confirmaría prontamente, había trabajado en la edición de textos medievales y frecuentado los manuscritos. Todo muy nuevo. Todo muy a contramano de lo que se hacía en la facultad. Que Miguel no tenía ganas de perder el tiempo lo dejó en claro desde el primer momento: en una corta primera clase se dedicó a puntualizar que ese seminario -que me tenía como único inscripto- quería saber latín, tener ganas de hacer paleografía, que la bibliografía estaba toda en inglés más alguna cosa fundamental en alemán y que no habríamos de reunirnos en Puán

sino en una cátedra de la Facultad de Medicina de la UBA. Este último hecho no fue menor ya que me permitió aprender algo insospechado para mí: no todas las dependencias de mi universidad reproducían la gratuita degradación material a la que mi facultad, cuyo edificio se había inaugurado apenas unos años antes, me tenía acostumbrado. Además, aprendí en esa mudanza de la cursada que las "cátedras" podían ser espacios físicos, con sus aulas, despachos y bibliotecas especializadas -y no algo meramente virtual o administrativo- y que en tal calidad eran las herederas de las grandes innovaciones universitarias del siglo XIX. En todo caso, Miguel aclarando esas cosas te obligaba a un compromiso. Dejaba en claro que él no tenía tiempo para perder pero que tampoco lo tenía uno. No recuerdo que ningún docente antes me hubiera puesto de manera tan clara, y en apenas dos minutos, frente a la responsabilidad de mi propia formación. Había que animarse a pasar esa primera y poco complaciente "rompiente de ola" pero al hacerlo se abrió un mundo absolutamente nuevo. Con Miguel de Asúa aprendí muchas cosas (y sigo aprendiendo en los continuos encuentros personales, telefónicos o por mail para intercambiar impresiones sobre diversos temas de la profesión y de la vida) pero la primera de ellas

fue saber cómo funcionaba el mundo real de la profesión. Miguel hablaba de otras cosas. Hablaba de la profesión de historiador, en general, y de la de medievalista, en particular, desde un lugar que me era desconocido. Miguel hablaba desde la tradición. No sabía bien qué era eso (la palabra siempre connota cosas horribles entre nosotros) pero lo supe pronto: las novedades metodológicas de la ciencia humanística alemana de fines del XVIII y del XIX, el *Seminar* y la conjunción entre investigación y docencia; la adecuación anglosajona de todo aquello (inglesa y norteamericana); los desarrollos institucionales que tuvieron entonces lugar (comenzando por las bibliotecas científicas en Humanidades, esa instancia insoslayable de la profesión cuya existencia y necesidad hemos puesto entre paréntesis en la Argentina); incluso una visión de la vida académica francesa que me era desconocida -por primera vez ese universo en el que habría de continuar mi formación fue algo más amplio que unas reducidas cuerdas de la *rive gauche* parisina y un puñado de nombres recurrentes en casi todas las materias de la carrera-. Todo ello estaba muy alejado de los conventículos que la facultad reproducía con fruición y que determinaban un acercamiento al mundo exterior que descansaba -en el mejor de los casos- apenas en algún contacto personal de nuestros profesores. Nada de eso. Con Miguel aprendí cómo estaba organizada la profesión a nivel internacional, cómo era el formato de una investigación realmente novedosa y no mera repetición o adecuación para uso local de teorías en boga (lo que me obligaba a empezar de cero en muchos, demasiados, aspectos) y, sobre todo, qué había que hacer para entrar a ese mundo. En ese año de 1992 tenía yo ya todo organizado para ir a Alemania al inicio del año académico boreal (utilizando

los ahorros que me habían quedado de un trabajo que se había volatilizado como tantos en aquellos años) en un viaje que resultó finalmente algo iniciático y esto en gran medida gracias a todo lo que aprendí en ese primer cuatrimestre del año junto a Miguel. Iba a ver cómo eran las cosas, poco más. A conocer un par de universidades y bibliotecas y ver qué podía hacer. Pero me llevaba una *clavis interpretandi* que al proyectar el viaje, unos meses atrás, ni siquiera sospechaba. Miguel, generoso y con la seguridad de quien sabe que tiene algo bueno para ofrecer, me dijo: "Yo voy a estar en Cambridge, si usted viene, le presento el lugar y la gente (no nos tuteábamos en aquellos días)". Yo no lo dudé y aprovechando una semana libre me tomé los trenes y *ferries* necesarios para aparecerme por Inglaterra. Esa es otra de las cosas que aprendí con Miguel y que intento transmitirle a las nuevas generaciones: a optimizar el gasto de energía (y de dinero, personal y/o público) que todo viaje al exterior conlleva, a tensionar nuestra visión de la cosa, nuestra escasa y muchas veces pobre representación de la profesión para buscar y encontrar lugares y proyectos superadores -que suelen estar en el centro y no en la periferia- y que son aquellos que requieren de nosotros un esfuerzo suplementario. No es poco encontrar a alguien en un momento clave de tu carrera profesional (recientemente graduado, a punto de salir al exterior por primera vez) que te diga esas cosas. Que te regale esa visión y que te impida perder tiempo. Regresé a la Argentina al año siguiente para presentarme al concurso de marras (humilde concurso de ayudante que gané tras preparar la clase en casa de Miguel, la misma tarde en que se sortearon los temas) y me quedé unos años más hasta que me fui a estudiar al exterior gracias a una beca. En esos años cursé otros seminarios con Miguel (de historia

de la medicina y de la psiquiatría) en los que conocí a un muy interesante grupo de investigadores que se nucleaban allí. Inicialmente los seminarios parecían muy alejados de mis intereses, los que tras el viaje a Alemania se habían ya decantado hacia la historia intelectual bizantina y del cristianismo oriental. Pero mucho provecho saqué de ellos y de la discusión con Miguel a la hora de publicar alguno de mis primeros artículos sobre los "santos locos" en la tradición hagiográfica bizantina.

El magisterio de alguien como Miguel de Asúa, quien ha trabajado temas muy diversos y todos a un nivel muy alto (lo que Miguel ha publicado y sobre todo en donde lo ha hecho le habla de esa calidad aún al no especialista), podría haberme influido a partir de alguno de esos múltiples trayectos intelectuales pero mi formación e intereses particulares fueron por otros caminos. Lo que en esos años y desde entonces ha marcado mi relación intelectual con Miguel de Asúa (la afectiva, que se nutrió de ella al comienzo, ha ido por otras derivas y ha resultado en una hermosa amistad con toda la familia, Miguel, María Natividad, Ignacio y Javier quienes han estado presentes desde entonces en los momentos más importantes de mi vida) se encuentra ya condensado en un artículo brillante publicado en *Ciencia Hoy* en 1995: "El dudoso encanto de ser un *scholar*". Miguel sintetiza ahí, siempre con el estilo agudo y pulido que lo caracteriza, mucho de lo que veníamos hablando en esos años previos (creo que en el mismo sentido van sus textos relativos al *affaire Sokal*). Ese texto es el que me permitió en aquel momento terminar de redondear una interpretación de las Humanidades y del formato particular de su desarrollo en el medio local que retrospectivamente le dieron inteligibilidad a mi historia como estudiante y proyectaron las

líneas básicas de mi carrera posterior. No me canso de recomendar la lectura de ese texto -que es a la vez descripción y, especularmente, también un programa- a mis estudiantes.

He seguido las investigaciones posteriores de Miguel sobre Historia de la Ciencia, sobre Ciencia jesuítica, y sobre Ciencia y Religión todo lo cerca que he podido pero mi relación con su obra ha pasado siempre por el hecho de seguir encontrando en sus textos -más allá de los temas-formas acabadas de la profesión. Miguel de Asúa es un profesional serio, no tengo otra forma de decirlo. Y claramente esa seriedad no pasa por el hecho de buscar el aplauso de alguna *galerie* circunstancial, veleidosa y como tal siempre cambiante (y mucho menos aún los favores de oscuras deidades como Mammón) sino que es una seriedad valiente y

necesariamente ascética que sabe que el juicio finalmente válido sobre una investigación lo tiene un puñado de especialistas a nivel mundial (así son las cosas en la ciencia). Para ellos están escritos los trabajos científicos mientras que para un público más amplio están escritos los libros de alta divulgación y los ensayos. A ese público (en el que me encuentro como lector interesado) los textos de Miguel de Asúa lo interpelan y lo obligan a dejar de lado la vulgata de las ideas recibidas y naturalizadas en nuestro medio. Muchos de esos textos (pienso en *Ciencia y Literatura* o *Los juegos de Minerva*) representan, incluso, hermosas expresiones de géneros literarios muy poco transitados entre nosotros.

Aún esta corta presentación de su obra no puede dejar de lado los textos humorísticos de Miguel, que

aparecieron casi todos en *Ciencia Hoy*, y que ayudan en parte a completar su figura. La erudición densa, compleja y prolija de sus trabajos científicos da lugar en estos otros textos a un humor inteligente y sin estridencias que deja ver, también, la riqueza y profundidad de un *scholar* como pocos hemos tenido.

Con Miguel compartimos innumerables charlas sobre nuestros investigaciones respectivas, hemos codirigido un par de tesis doctorales que han sido muy enriquecedoras para todos los involucrados y espero que el futuro nos permita concretar algunos de los proyectos de escritura en conjunto que venimos perfilando. La profesión, a veces, trae regalos. El magisterio y la amistad de Miguel están a la cabeza de una corta lista.